



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

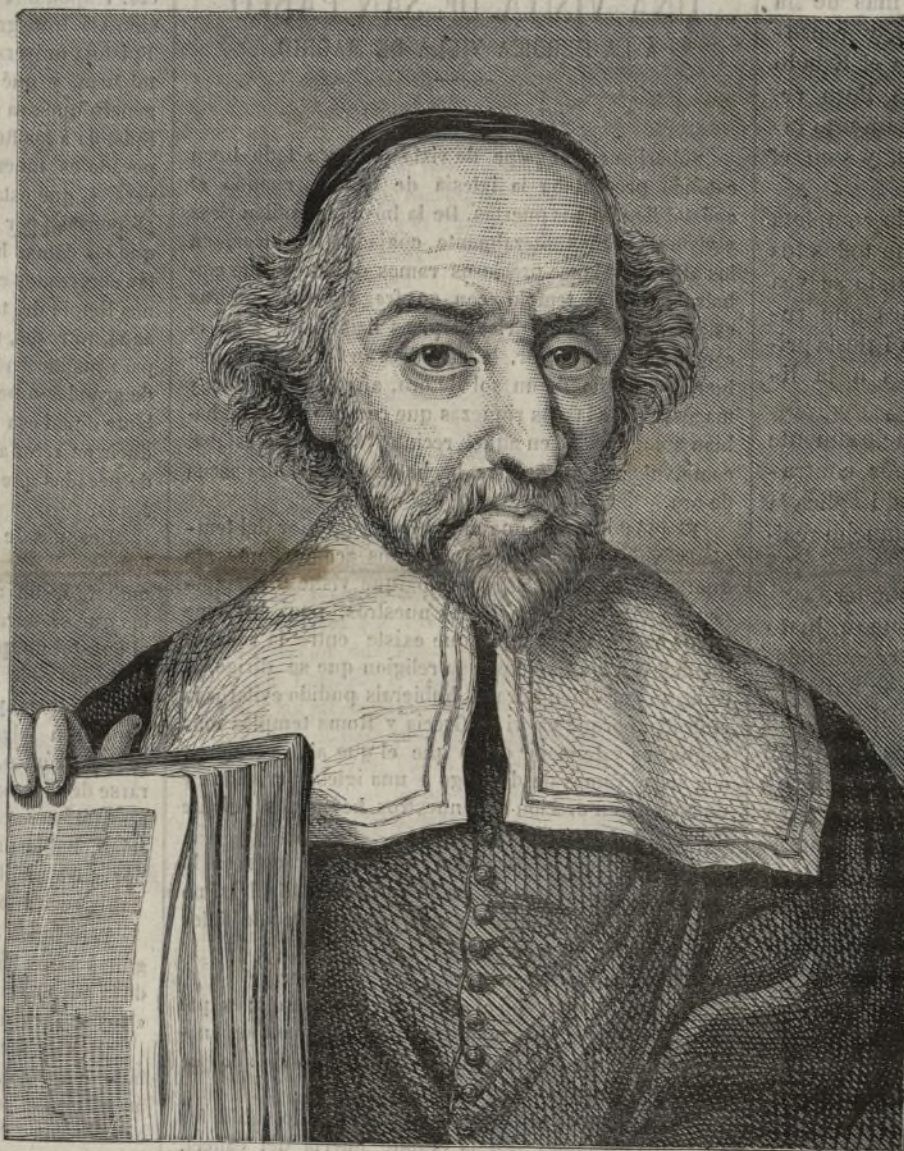
MARTES 15 DE OCTUBRE DE 1872.

NÚM. 111.

LA LUZ.

Si la intolerancia en las aldeas es tan atroz y tan funesta, en las ciudades lo es tanto ó más, si bien en estas reviste otro carácter diferente. Aquí ya no se veja á nadie materialmente, porque esto no es posible: pero se le zahiere, se murmura de él, se le pone en el peor lugar que se puede. D. Fulano de Tal es un gran personaje, es escritor, periodista, tiene gran influencia en la política y hay ocasiones en que él es el que decide los acontecimientos. Se le tiene en gran estima porque tiene ingenio y preponderancia. Un día este hombre adulado y agasajado, porque así es la voluntad providencial, se vuelve á Dios y empieza á considerar cuán vano, cuán liviano y efímero es todo aquello que le rodea. Su conversión está hecha. Desde aquel momento piensa y obra de muy distinta manera de como pensaba y obraba antes. Entonces empiezan las hablillas. «D. Fulano ya no es lo que antes, se dice, ha cambiado mucho. Es otro hombre y ya no sirve para maldita de Dios la cosa. ¿No lo sabe Vd.? Se ha dado ahora por la religion y tiene la cabeza perdida. Es una desdicha para su familia y para la nacion. ¡Un hombre de su talla entregado á semejantes mojigan-gas! Que una beata lo haga, pase, porque la religion se ha hecho para las mujeres; pero ¡un hombre como él! Y lo chusco del caso es que se ha hecho protestante. ¡Quién lo había de decir! ¡Evangélico él! Se oye no sé cuantos sermones á la semana y tiene una cara de pás-cua, que es un gozo verle. Desde que se ha hecho cristiano evangélico dice que siempre está contentísimo. ¡Vaya un milagro! No debía Dios permitir que hombres como él se volvieran locos.»

Los epigramas y los sarcasmos llueven sobre él.—D. Fulano, ¿con que se ha convertido usted?—Me he convertido.—Hombre, ¿y qué dan



JUAN KNOX.

por convertirse?—Paz y tranquilidad.—Vaya, pues no es mucho dar;—y se retira el interpe-lante murmurando por lo bajo: «¡Lástima de cabeza!» Y en ciertos destinos públicos hay que hacer profesion de fé católica, porque si nó, realmente aquel no es su lugar. ¿Qué me dirían ustedes de un presidente del Consejo de ministros, que no fuera católico, ó que si no lo era tuviera la avilantez de no disimularlo? Porque aquí, y es lo que tiene de bueno la religiosidad católica, con tal que se diga que jamás se ha salido del seno de la madre Iglesia, que se respetan todos sus dogmas, que el Padre Santo es un santo

padre, basta, aunque por detrás se diga que Dios es un consuelo para los tontos y para los pobres, y nada más, y que la Biblia es un arsenal de esclavitudes y de fraudes para los hombres de religion. No mirando la Iglesia romana al corazon, con tal que haya este-rioridades católicas, es suficien-te. Número y número, esa es la divisa del catolicismo.

¿Y si es mujer la que se ha se-parado del catolicismo? Truenan contra ella sus antiguas compa-ñeras de novena y rosario, inter-rumpen un Padre Nuestro para lanzar contra ella una injuria, in-vocan á todas las vírgenes y á todos los santos, que no son po-cos, para que extermine á la infiel que ha abandonado la religion de sus mayores. Está perdida, dicen. Ya no dará alivio á sus quebran-tos aquella virgen del Consuelo, que tantas veces se los prestó; ya no tendrá santos de su devocion. Y á continuacion de esto viene la calumnia y la murmuracion. «Ya lo decía yo.—¡Si se juntaba con este y con el otro, y tenía ta-les amistades y se retiraba á su casa tan tarde! Su marido no lo aprueba, ¡qué lo ha de aprobar! Por eso hay tantos disgustos en la casa; pero la deja que vaya á las capillas evangélicas por no armar cada día un escándalo. De todas maneras esa mujer acabará mal. ¿Qué entenderá ella de si es buena ó mala la religion de nues-tros padres? A cada uno lo que le han ense-ñado.»

Y se procura enemistar al marido con la mujer, al hijo con el padre, á la hermana con el hermano. ¡Qué singular caridad! ¿No sería más lógico y más natural que aquellos ó aquellas que esto hacen, procurasen tornar al extraviado, si así le creen, al buen camino para que no se per-diese? No, que para muchas almas bajas todos los pretextos son buenos cuando se trata de di-famar y de calumniar.

POLÉMICA INTERESANTE.

Con interés hemos leído la reciente discusión sostenida entre *El Imparcial* y *El Pensamiento Español*, con motivo de una nota reservada del obispo de Jaén al clero de su diócesis, publicada por el primero de dichos periódicos.

El Pensamiento Español y con él todo el partido neo-católico lamenta la horrible presión que el Gobierno ejerce sobre la Iglesia, y muy especialmente el hecho de haber sido sometido a los Tribunales todo un señor mitrado que se permitió no há mucho calificar de miserables é indignos sacerdotes a los que habían jurado la Constitución del Estado.

Y como a sus gritos de dolor unen las más extrañas teorías acerca de la libertad religiosa, hemos creído oportuno apuntar algunas ideas que pueden arrojar alguna luz sobre tan importante asunto.

Somos partidarios como el que más de la completa independencia de la Iglesia, y reprobamos con todas nuestras fuerzas que el Estado se mezcle en las cuestiones religiosas. Pero reconocemos que hay dos cosas perfectamente incompatibles en los Estados modernos, y son: el privilegio y la libertad.

¿Quiere la Iglesia romana gozar de completa independencia en España? ¿Desea que todos los liberales honrados la defiendan cuando se vea atacada u oprimida por el poder? Pues que renuncie al privilegio. ¿Quiere ser una Iglesia privilegiada? Pues tiene que decir adiós a la libertad.

El privilegio, ya sea acordado graciosamente por el jefe del Estado, ó estipulado por contrato con el beneplácito de ambas partes, implica la correspondiente servidumbre. Quien mucho recibe, mucho tiene de qué dar cuenta. Aquel que nada obtiene, de nada tiene que responder.

Hé ahí por qué creemos que es bueno, justo y aun necesario que una Iglesia reconocida, privilegiada y pagada por el Estado se halle sometida a la jurisdicción del Estado. Si la carga le parece demasiado pesada que la sacuda, que de ella depende el hacerlo. Pues qué, ¿la Iglesia romana quiere para ella los derechos y para otros los deberes? ¿Es justo que sus representantes hayan obtenido que se consigne en la Constitución: «La nación española se obliga a mantener el culto y los ministros de la religión católica» y luego no quieran acatar esta misma Constitución que les favorece, con grave perjuicio de todos los españoles que no profesan sus ideas?

El obispo de Jaén como los demás obispos españoles está pagado para que contribuya por su parte a mantener el orden; si en vez de apoyar al Gobierno que le paga, se vale de sus privilegios para suscitar obstáculos a su bienhechor, este está en su derecho al pedirle cuenta de su ambigua conducta.

¿No quiere el obispo de Jaén acatar la Constitución de la nación española porque esto repugna a su conciencia? Pues que deje de ser empleado del Gobierno, que se separe abiertamente de él y no tendrá que jurar una Constitución que le desagrada. A nosotros, cristianos evangélicos, no se nos exige que prestemos juramento de ningún género, y somos perfectamente libres para aconsejar a nuestros amigos que allá en el fondo de su conciencia acepten ó rechacen la ley fundamental del país. Como no somos privilegiados no tenemos que cumplir

más que un deber, el deber de respetar los derechos de los demás; pero en cambio podemos exigir a todos y a cada uno que respeten nuestros derechos.

Que los obispos romanos renuncien a sus emolumentos, que abandonen los palacios en que habitan si son de la pertenencia del Estado, que rechacen el puñado de oro que del Estado reciben, que prefieran a todos estos bienes temporales el bien supremo de la libertad, y nosotros, amantes verdaderos de la libertad, seremos los primeros para protestar de toda intrusión del Estado en el sagrado recinto de la conciencia. Pero mientras que veamos que se quejan y se lamentan unos señores mitrados, que viven en espléndidos palacios y reciben del Estado pingües sueldos, que emplean contra el mismo Estado que se los dá, lo decimos con entera franqueza; reservaremos nuestras simpatías para otras víctimas más dignas de compasión.

UNA VISITA DE SAN PABLO A LA HERÓICA VILLA DE MADRID.

(Continuación.)

Soberbio era el golpe de vista que para todo buen católico presentaba la iglesia de San L. cuando el apóstol llegó a sus puertas. De la bóveda pendían ricas y vistosas arañas literalmente cuajadas de luces; en los altares veíanse preciosos ramos de flores que embalsamaban el templo con su fragancia, los muros estaban cubiertos con ricos tapices flamencos; y en el centro del altar mayor, la custodia con la forma descubierta en medio de un sol de oro, añadía esplendor y magestad a todas las riquezas que con profusión se habían amontonado en aquel recinto. La iglesia estaba, como vulgarmente se dice, hecha una verdadera ascua de oro.

El apóstol arrojó una mirada en el interior del templo, y volviéndose hacia uno de sus acompañantes, le dijo: «Sin duda habeis querido que visite un templo pagano antes que uno de los nuestros, para hacerme mejor notar la diferencia que existe entre la religión que habla a los sentidos y la religión que se dirige al espíritu. Pero bien mirado, hubierais podido evitaros la molestia, porque ya vi en Grecia y Roma templos más suntuosos y de mejor estilo que el que ahora tenemos a la vista. Vamos desde luego a una iglesia cristiana y unámonos en oración con nuestros hermanos delante del Rey de los cielos y....»

Pero, señor, interrumpió un prelado; esta es la iglesia de San L., una de las mejores de Madrid, si no por su estilo, a lo menos por el gran número de fieles que vienen a ella a oír misa.

¿Esta una iglesia cristiana! no puede ser.

Beato Pablo, añadió el arzobispo de Santiago; es que la hemos engalanado en vuestro obsequio; mas si penetráis en ella vereis como todo el culto responde a lo que Dios ha ordenado.

Tranquilizado con estas palabras, Pablo subió los primeros escalones. En la grande puerta del cancel, abierta de par en par, estaban seis dignidades de la iglesia esperando al apóstol con un riquísimo pálido para conducirlo bajo él hasta el altar mayor, en donde como ya hemos dicho, estaba de manifiesto el Santísimo Sacramento.

Delante de los del pálido se hallaba un obispo con una preciosa pila de plata, regalo hecho por una encumbrada dama, para que el apóstol tomase en ella el agua bendita.

Al ver Pablo aquel diminuto objeto que le presentaban, como no sabía a qué uso estaba destinado, preguntó: «¿Qué tengo que hacer con esto? ¿Para qué sirve ese agua? decidme si gustais, porque en mis tiempos no se presentaba cosa semejante a los fieles que asistían al culto.»

Esta pila, beato Pablo, contiene agua bendita lo mismo que aquellas dos grandes que veis a vuestra derecha y a vuestra izquierda.

Y ¿qué papel juega en el culto el agua bendita? añadió Pablo.

El agua bendita, contestaron varios obispos, borra los pecados veniales, según enseña y confiesa nuestra Santa Madre la Iglesia.

Y ¿cuáles son esos pecados veniales?

Señor, son los pecados pequeños que no matan el alma, pero la enferman; los que no acarrear la eterna perdición y se borran con agua bendita, con pan bendito, con un Padre Nuestro, con golpes de pecho, etc.

Comprendo, añadió Pablo con alguna ironía; esos son los pecados inocentes, como por ejemplo, el pecado de Adam en el Paraíso, un pecadillo de poco más ó ménos, un pecadillo que sólo consistió en una ligera desobediencia sin perjuicio de tercero, un pecado venial, en fin.

Señor, murmuró el primado de España; el pecado de Adam fué terrible y de terribles consecuencias para el género humano.

Pero en ¿qué consistió la gravedad de esa falta que Dios ha castigado con tanta severidad?

Pues en la desobediencia de Adam, contestó el obispo de Santiago.

¿Y qué es todo pecado sino un acto de desobediencia? respondió Pablo con voz potente; ¿qué es el pecado sino «la transgresión de la ley,» como en su primera Epístola universal, cap. III, vers. 4, ha escrito el apóstol Juan, y qué castigo recibe el pecado de cualquier género que sea sino la muerte? ¿No habeis leído en mi Epístola a los Romanos, cap. VI, vers. 23, «la paga del pecado es muerte?» No escribí a los Efesios, cap. II, vers. 1, que estaban muertos en sus delitos y pecados? ¿Y pensais, por ventura, que los Efesios fuesen peores que los demás hombres? No, y mil veces no; todos están encerrados en la rebelión; solo la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado (1.ª Juan I, 7), y no hay agua, ni rezos, ni ceremonia alguna que tenga poder para justificarnos de una sola falta, ya sea leve ó grave, de grandes ó pequeñas consecuencias. Quitad de delante de mí esa pila y esa agua que solo sirven para inducir en error al pueblo haciéndole creer en la existencia de pecados que no tienen necesidad del sacrificio de Jesús.

Después de estas severas palabras de Pablo hubiérsele dicho que la duda no era posible, y sin embargo, un arzobispo volviéndose hacia algunos de los que se encontraban cerca de él, dijo a media voz: el apóstol no quiere tomar agua bendita, porque como viene del cielo no tiene pecados; si se tratara de uno de nosotros, ya sería otra cosa. Por eso será, respondieron algunos, pero lo dijeron con un acento tan irónico, que el arzobispo tuvo a bien separarse de ellos bajo pretexto de escuchar las palabras del apóstol. Cerca de este grupo de hombres que se sonreían, había una señora elegante y lujosamente vestida, por cuya mejilla rodaron algunas lágrimas. Era la que había regalado la preciosa pila de plata.

Terminado que fué este incidente, el apóstol dió algunos pasos hacia una tablilla que vió colocada cerca de la puerta, en la que en gruesos caracteres se leía: «Hoy se saca ánima del purgatorio.»

¿Hoy se saca ánima del purgatorio! repitió por lo bajo el apóstol, ¿ánima del purgatorio! ¿Qué es eso de ánimas en el purgatorio? preguntó; ¿y cómo se sacan esas ánimas? No comprendo bien lo que quiere decir ese letrero.

Varios obispos se aprestaban a satisfacer la curiosidad de Pablo, pero el obispo de Jaén anticipándose a todos contestó:

Cáusame extrañeza y aun asombro, gran Pablo, que nos dirijais una pregunta acerca de un punto que tan claramente habeis definido en vuestras Epístolas.

Sin embargo, por más que pienso, no acierto a acordarme en qué escrito he hablado de purgatorio, y aun estoy por decir que nunca he leído en la Palabra de Dios nada que de cerca ni de lejos haga mención de ese lugar.

Es posible que la palabra no se encuentre en las Escrituras; pero la idea está consignada en muchas de sus páginas, dijo el obispo.

Puede que así sea; pero veamos antes qué purgatorio es ese, respondió Pablo.

Pues bien, añadió con mucho aplomo el obispo de

Jaen, como hombre que sabe lo que se dice; la Iglesia enseña....

No, no, interrumpió Pablo; dejémonos de Iglesia y vengamos á lo que enseñan las Santas Escrituras....

Lo mismo da una cosa que otra, puesto que la Iglesia no se ha separado de las Escrituras; sea, pues, si lo queréis así, la Escritura. Digo que la Escritura enseña que inmediatamente despues que el hombre muere comparece en juicio particular ante el Tribunal de Dios, y de allí segun sus méritos vá al cielo, al infierno ó al purgatorio; al cielo si no le queda ningun pecado, al infierno si ha muerto en pecado mortal, y al purgatorio si no ha satisfecho completamente en la tierra por sus pecados.

Continuad, continuad, repuso Pablo.

El obispo de Jaen, tomando estas palabras por signo de aprobacion á las suyas, continuó con el mismo tono de suficiencia:

Dios perdona á las almas la eterna condenacion que por sus pecados merecian; pero no el castigo temporal á que se han hecho acreedoras.

Esperad, esperad un momento, interrumpió Pablo; esperad, que á lo que veo, lo que antes era un axioma para la razon, ahora ya no lo es. En mis tiempos, cuando se perdonaba lo eterno, quedaba perdonado lo temporal; cuando se hacia gracia del todo, se hacia gracia de una de las partes. Pero ahora parece que se puede perdonar lo eterno y no lo temporal. ¡Cuánto ha cambiado la razon humana!

El obispo se desentendió de esta juiciosa consideracion de Pablo, y prosiguió así:

La misericordia de Dios, íntimamente unida con su justicia, ha preparado un lugar en donde mediante una pena temporal, el alma queda pura y digna del cielo, donde no entra ni puede entrar lo que esté manchado.

Ah, dijo Pablo, recuerdo haber leído en uno de los diálogos de Platon, creo que en el Phedon, que las almas despues de esta vida están condenadas á dar vueltas á una inmensa laguna hasta que han expiado todas sus faltas. Y Virgilio en su Eneida dice que las almas permanecen suspendidas sobre espantosos abismos de donde salen llamas, hasta que quedan perfectamente purificadas. Pero en ese caso, desgraciado, enseñais como doctrina de Dios, lo que es únicamente producto de la imaginacion pagana.

No, Pablo, repuso el obispo, eso prueba únicamente que el corazon del hombre ha dado testimonio en todos los siglos á la eterna verdad que emana de Dios.

Dios mio, Dios mio, murmuró en voz baja Pablo; dame paciencia y caridad para escuchar hasta el fin. Y luego, un tanto repuesto, añadió: Proseguid.

(Se continuará.)

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

TERCERA PARTE.

§. I.—LA BIBLIA.

Reconocido que el hombre ha sido una creacion privilegiada, á quien Dios dotó de todas las facultades de un alma inmortal, inspirándole soplo de vida segun hemos dicho en el §. III de la primera parte de este compendio, es consecuencia lógica que quisiese ponerlo en comunicacion con su origen, á fin de que el hombre dominase á la materia, causa de su corrupcion. Esta lucha purificaria el espíritu del hombre que volveria á Dios, de donde salió.

Su divino pensamiento se fijó en Abraham, que fué el precursor de la fé comunicada á todos los profetas y evangelistas que en diferentes tiempos y circunstancias sostuvieron la promesa de la venida del Hijo de Dios, por medio de la predicacion ó por numerosos escritos, cuya recopilacion ó conjunto en un solo libro se llama Biblia ó las Santas Escrituras.

Constan estas de dos partes: Antiguo y Nuevo Testamento. El Testamento ó Pacto Antiguo, se refiere á la Ley de Moisés, á la formacion del pueblo hebreo, sus instituciones, su historia. El Nuevo Pacto ó Testamento, manifiesta la realizacion de la promesa hecha á Abraham y á sus descendencias con la venida de Jesucristo,

Salvador y Redentor del mundo. Entre ambos Pactos existe una relacion íntima.

Los libros del Antiguo Testamento, contienen:

El *Génesis*, que significa origen ó principio de todo.

El *Éxodo*, marcha ó salida del pueblo israelita de la opresion del faraon de Egipto.

El *Levítico*, contiene las leyes y reglamentos del sacerdocio.

Los *Números*, tratan del censo ó numeracion del pueblo, sus transgresiones y castigos.

El *Deuteronomio*, se refiere á circunstancias precedentes con instrucciones prácticas aplicables á los últimos tiempos.

Estos cinco libros, llamados el *Pentateuco*, fueron escritos por el mismo Moisés hace tres mil años. Este varon fué un tipo de Cristo como legislador, redentor y guia de Israel.

Siguen á dichos libros otros doce que son propiamente históricos, á saber:

Josué, el de los *Jueces*, el de *Ruth*, 1.º y 2.º de *Samuel* ó de los *Reyes*, 3.º y 4.º de los *Reyes*, 1.º y 2.º de las *Crónicas* á sean *Paralimomenos*, 1.º en *Esdras*, 2.º de *Esdras* ó *Nehemias* y *Esther*.

Otros cinco libros más son poéticos y sencillamente religiosos.

Job, que vivió con antelacion ó Moisés segun el dice.

Los *Salmos* escritos principalmente por David y por otras personas en diferentes épocas.

Los *Proverbios*, dan lecciones prácticas y nos enseñan á caminar con Dios representado á Cristo bajo el nombre Sabiduría, escrito por Salomon, como:

El *Eclesiastés* y el *Cantar de los Cantares*.

Terminan el Antiguo Testamento diez y seis libros más que son proféticos; corresponden á cuatro profetas mayores:

Isaias, *Jeremias* y sus *lamentaciones*, *Ezequiel* y *Daniel*.

Los profetas menores, son:

Oseas, *Joel*, *Amós*, *Abdias*, *Jonás*, *Micheas*, *Nahum*, *Abacuc*, *Sofonías*, *Aggeo*, *Zacarías* y *Malachias*.

El Antiguo Testamento fué escrito en el idioma hebreo antes de Jesucristo.

El Nuevo Testamento se compone de los cuatro Evangelios, ó sea la Buena Nueva, escritos por *San Mateo*, *San Marcos*, *San Lucas* y *San Juan*.

Las *Actas* ó *Hechos de los Apóstoles* despues de la resurreccion de Jesús.

Las *Epístolas* ó cartas que varios apóstoles dirigieron á las iglesias que establecieron y á varias personas particulares para instruir las y fortificarlas en la fé, se cuentan: de San Pablo á los *Romanos*, 1.ª y 2.ª á los *Corintios*, á los *Gálatas*, á los de *Efeso*, á los *Filipenses*, á los *Colosenses*, 1.ª y 2.ª á los de *Tesalónica*, 1.ª y 2.ª á *Timoteo*, á *Tito*, á *Filemon*, á los *Hebreos*.

Del apóstol Santiago á los judíos y á convertidos.

De San Pedro 1.ª y 2.ª á los *cristianos* del Asia menor.

De San Juan, 1.ª general 2.ª y 3.ª á personas particulares.

De San Judas Tadeo, otro de los apóstoles, dirigida á los fieles á fin de precaverlos de los impostores de que habla San Pedro en su Epístola 2.ª

Termina el Nuevo Testamento con el *Apocalipsis* ó la *Revelacion* que San Juan en los últimos años de su vida escribió en la isla de Patmos. Consta de profecias reveladas, unas cumplidas y otras por cumplir, ofreciendo bastante dificultad la inteligencia de este escrito, que deben someterse por el Espíritu de Dios en el estudio de los acontecimientos humanos.

Hemos hecho la recapitulacion de los escritos que componen el Antiguo y Nuevo Testamento, que son admitidos en la Iglesia cristiana como revelados, debiendo advertir que la católica romana considera además como canónicos otros varios libros incluidos en la Vulgata latina que son verdaderamente apócrifos, pero cuya lectura no admitiendo doctrina alguna de ellos, presenta excelentes ejemplos para la vida del hombre, y sirve de instruccion de las buenas costumbres.

Dichos libros son:

3.º y 4.º de *Esdras*, los de *Tobías*, *Judit*, el resto del libro de *Ester*, *La Sabiduría*, *El Eclesiástico*, el del profeta *Baruc*, el *Cántico de los tres Mancebos*, *Ananías*, *Azarías* y *Micael*, la *Historia* de *Susana*, la

de *Bel* y el *Dragon*, que son verdaderos episodios. La oracion de *Manasés* y el 1.º y 2.º libro de los *Mancabeos*.

Dios es el verdadero autor de la Biblia: bajo su inspiracion sobrenatural é infalible, los historiadores sagrados hacen conocer á la raza humana el designio divino. La veracidad de los escritos de los profetas y apóstoles se prueba con su trasmision inalterable de siglo en siglo hasta nuestros días. El prestigio y autoridad de la doctrina que predicaban, se funda en las cualidades de las personas reconocidas como santas, hasta por los mismos incrédulos de todos los tiempos. Los hombres buenos y rectos no podian engañar al género humano, contrariando sus vicios, con invenciones de las que no sacarian otro fruto que la persecucion y la muerte. Los hombres malos se perjudicarian en condenar todo pecado, y en malquistarse con los poderosos del mundo.

Moisés, el primero y principal historiador de los judíos, era reconocido como hombre probo, de gran religion y piedad, instruido y sábio. Los admirables sucesos con que fué favorecido por Dios, fueron referidos y presenciados por un inmenso número de personas, cuyas generaciones conservaron la tradicion y los escritos hasta nuestros días. Seiscientas mil personas que siguieron á Moisés por espacio de 40 años, fueron testigos de los acontecimientos, y no faltaban quienes observasen sus pasos para resistirle y contradecirle si hubiese dicho cosas contrarias á la verdad. Moisés habla de sí mismo sin afectacion y dice bien ó mal de sí segun las circunstancias. Este carácter de rectitud es siempre igual y uniforme.

De los demás libros del Antiguo Testamento, no puede dudarse de su autenticidad, tanto por las virtudes de sus escritores como por la realizacion de la mayor parte de las profecias que contienen, relativas al pueblo hebreo, que se han visto confirmadas y en grande relacion con las vicisitudes de las demás naciones, Caldeos, Medos, Asirios, Persas, Griegos y Romanos, cuyos historiadores profanos han tenido que valerse de la misma Sagrada Escritura para dar conocimiento del origen de sus pueblos y aclarar sucesos oscuros é inciertos.

Ya se ha dicho que la Biblia es una revelacion para la criatura racional, de la mente y voluntad de Dios. Ciertamente, es la regla infalible de la verdad y la fuente de todo conocimiento religioso. ¡Desgraciados los que piensan y obran contra sus preceptos!

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

II.

Hacia el año 1477, todas las comarcas de los Países-Bajos vinieron á caer bajo el yugo de los Hapsburgos. Felipe el Hermoso declaró nulos todos los privilegios adquiridos despues de la muerte de Fernando. El *Gran Privilegio*, que era como la *Gran Carta* de la Holanda, venia á morir á los piés de un rey que para colmo de desdichas iba por su casamiento con Juana la Loca, la hija de los Reyes Católicos, á poner á los Países-Bajos bajo el cetro de España. Pero el recuerdo de los antiguos privilegios quedaba: era una semilla de libertad que no podia perderse. La Providencia iba á hacer despues que se uniese á estas causas otra más poderosa, la libertad de la conciencia; la raza batava tenia que luchar por su libertad política y por su libertad religiosa, dos grandes divisas con las que no podia menos de vencer.

Como habia habido protestas contra el cercenamiento de las libertades públicas, así tambien las habia habido contra aquel tiránico catolicismo que en todas partes y de todas maneras queria imponer sus paganas creencias. El Papa habia sido frecuentemente desconocido por los nobles y el pueblo. Tacelyn en el siglo XII habia hablado mal de las ceremonias católicas; las creencias de Valdo habian atraído á otros pocos, y en fin, una cadena no interrumpida de sectas enlazaba estos cuatro siglos con Lutero y con Calvino. El cimiento de la herejía estaba echado. Por eso Carlos V, aquel emperador que habia hecho de la gloria una esmeralda de su diadema, se empeñó tan inútilmente en hacer allí

lo que no había podido realizar en Alemania. Ni las hogueras de Bruselas ni todos los rigores de la Inquisición papal, bastaron para purgar aquella tierra de verdaderos cristianos. Así es, que cuando murió, allá, en el monasterio de Yuste, entre frailes, encargó á su hijo Felipe «que estirpara las raíces de la herejía con rigor y energía,» no viendo que á la cabecera de su misma cama estaba la herejía representada en aquel Carranza tan ilustre que le exhortaba y le dirigía frases llenas de consuelo.

El sentimiento de la vida local, que será eternamente la base de las libertades populares, era allí muy fuerte. Había corporaciones literarias, manufactureras, industriales, que enlazaban á las distintas provincias y que sostenían este sentimiento. La protesta venía á fortificarle. Provincias que estaban aisladas y como separadas de las demás, en cuanto oyeron hablar de Inquisición se estrecharon contra las otras. Aquel infame monstruo que excitaba terrores tan profundos, no los excitaba allí ménos, y era preciso armarse contra él.

Felipe había olvidado lo que había acontecido á su padre el emperador. Flamencos había traído este de Flandes; flamenco había hablado él; de flamencos se componía su Consejo; tropas flamencas, trajo; flamenco era el regente que dejó en España. Por eso el pueblo le odió. Lo propio aconteció en Flandes á Felipe, y le odiaron lo mismo. Hablaba español; de españoles estaba rodeado; tropas españolas llevó. No supo hacerse flamenco con los flamencos, y este fué ya un error. Pero las causas que iban á determinar la revolución de los Países-Bajos eran varias. La erección de catorce nuevos obispados contra los privilegios bravantinos; el establecimiento de la Inquisición, el valimiento con el rey y la regente del cardenal Granvela, la desconfianza de los nobles que habían mandado los ejércitos de Carlos V y que habían procurado al mismo Felipe los días gloriosos de San Quintín y de Gravelines, eran causas suficientes para trastornar al país.

Cada nuevo obispo podía nombrar nueve prebendados suplementarios, dos de los cuales llevarían el título de inquisidores. La Constitución del Brabante velaba en primer lugar, porque no se nombrasen otros altos dignatarios eclesiásticos que los que había, que eran cuatro obispos: si se nombraban más, había de ser con aquiescencia del pueblo y de la nobleza. Aquí no había esta aquiescencia; por consiguiente, era una infracción escandalosa de los privilegios. Se irritaron todos; los monjes, los abades, el pueblo y los nobles. El pueblo porque temía al clero que era siempre la vanguardia de la Inquisición; los nobles porque comprendieron que la influencia que á ellos iban á arrancarle en los Estados generales, la iban á ganar el rey y el Papa por medio de aquellos obispos; los monjes porque perdían el derecho inmemorial de nombrar sus abades y los abades, porque al ser reemplazados por los obispos, perdían sus prerogativas y su influencia.

Pero lo que más indignaba á los flamencos, era que se pretendiese restablecer el rigor que Carlos V había desplegado contra la herejía, que se renovasen sus edictos y que se pretendiese importar en su noble tierra las barbaries y las atrocidades de la Inquisición española. La temían, porque los partidarios de la Reforma eran á cientos, y el día que allí se estableciese el *Santo Tribunal*, iban á verse horrores como en ninguna parte se habían visto. El trato, el comercio, las guerras que habían tenido con los alemanes, habían sido bastantes para estender de una manera temible la protesta. El rey catolicísimo tenía que exterminar á la mitad de sus súbditos de los Países-Bajos, si quería ver restablecida en ellos la pureza del dogma católico. En una población sola había quince mil cristianos, y la princesa Margarita, su hermana, escribía al rey que tuviera en cuenta los mandatos que la enviara, porque para dar algún mediano golpe á la herejía, sería preciso por lo ménos acabar á hierro ó á fuego con más de sesenta mil personas.

En cambio los flamencos estaban dispuestos á resistir como los de Nípoles, todo atentado contra la libertad de su conciencia.

Odiaban á más el pueblo y los nobles á aquel famoso Granvela, que desde los harapos había sabido elevarse hasta la púrpura. Era un tal Antonio Perrenot, que nacido de una pobre familia de Borgoña, había

sido primero obispo de Arras y después había subido hasta el cardenalato, lo que había hecho que Felipe II le felicitara «por su merecida promoción.» Privaba con el rey y este se le había impuesto á la regente Margarita de Parma, «señora por otra parte de grande ánimo y espíritu, prudente, hábil y piadosa en extremo,» como dice un historiador. Ella soportaba difícilmente su yugo. Todo eran quejas contra el flamante cardenal. Ya escribían al rey los nobles que mientras aquel hombre tan odiado estuviese entre ellos, andarian mal aquellos reinos; ya que al Consejo solo llevaba los asuntos más livianos y los graves los resolvía él á su gusto, y que ellos no estaban para hacer aquel papel ridículo, y que dejarían de asistir al Consejo mientras estuviese Granvela. Éste por su parte representaba la idea religiosa que quería matar las libertades públicas para asentar sobre sus ruinas la intolerancia inquisitorial.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LA MAYOR FELICIDAD.

Antes que á Belen partamos

Dime por tu vida, Blas,

¿A qué viene de los cielos

Este infante celestial?

«¡A traer al mundo paz,

Que es de todos los humanos

La mayor felicidad!»

¿A qué viene desde el trono

De su excelsa Magestad,

Al límite de un pesebre,

Al estrecho de un portal?

«¡A traer al mundo paz,

Que es de todos los humanos

La mayor felicidad!»

¿A qué viene siendo eterno

Disfrazado en lo mortal,

Quien sólo para su gloria

Hizo la inmortalidad?

«¡A traer al mundo paz,

Que es de todos los humanos

La mayor felicidad!»

¡Pues si á darnos paz viene,

Vamos, pastor, allá,

Que no hay mayor ventura

Que una dichosa paz!

VIOLANTE DO CEO.

EL HÁBITO NO HACE AL MONJE.

Así dice un refrán bastante conocido que enseña que el exterior no siempre es señal cierta del interior. Esto quisiéramos que comprendieran todos aquellos que se han separado de la Iglesia romana para ingresar en las Iglesias evangélicas. No crean que por haber protestado de los errores de una Iglesia corrompida han obtenido ya la salvación. La religión evangélica no puede vivir de protestas, es decir, de negaciones; tiene además necesidad de afirmaciones. Para ser salvo el hombre tiene necesidad de creer con una fe viva y personal en el Redentor de las almas; tiene que dar su corazón á Dios que se lo pide, tiene que cargar con su cruz y marchar en pos de Cristo.

Pertenecer á una Iglesia que tiene por norma de su fe y de su vida la Palabra de Dios, es un privilegio; pero ser miembro de una Iglesia de esta clase no es todavía ser de Cristo. Escuchar una predicación fiel que siempre presenta el puro Evangelio de Jesús, es una gran ventaja, pero esto solo no quiere decir que se sea de Cristo.

Es necesario que el hombre nazca de nuevo, que su corazón sea regenerado por el Espíritu de Dios, y que odie el pecado y todo lo que puede ser ocasión de pecado. Sin esto, se puede ser miembro de la Iglesia más pura del mundo y no ser sin embargo miembro de la Iglesia verdadera cuya cabeza es Cristo, y sus miembros los que en Él creen.

Esta gran verdad la enseñó una vez con ruda franqueza un fiel pastor llamado Félix Neff á un hombre

que se vanagloriaba de ser protestante mientras que bebía desmedidamente en una taberna con un católico romano. Ambos discutían con calor entre vaso y vaso acerca de la excelencia de su respectiva religión, y el pastor que había ido á aquel lugar para ver de arrancar á algun desgraciado á tan miserable vicio, guardaba un silencio profundo. De pronto el bebedor protestante se dirigió á él solicitando su ayuda, y le dijo:

—¿No es verdad, señor pastor, que nuestra religión es mejor que la romana?

—No disputeis así,—respondió con mucha calma Félix Neff,—ambos sois de la misma religión.

—¿Cómo es eso?—preguntó el protestante.

—Si, ambos sois de la religión de los borrachos.

La lección fué dura pero merecida. Por eso, para destruir la ilusión de los que pudieran creer que con haberse apartado de Roma ya son salvos, repetimos el refrán con que encabezamos este suelto: «El hábito no hace al monje.» Lo esencial no es protestar contra Roma, sino creer en Cristo y vivir de una vida cristiana.»

EL MISTERIO DE LA VIDA CRISTIANA.

«A él conviene crecer; más á mí menguar.»—(Juan, iii, 30).

La exclamación de Juan el Bautista, que sirve de epígrafe á estas líneas, encierra toda la explicación de la piedad. Si un hombre nos preguntara ¿qué debo hacer para ser salvo? sin titubear responderíamos: Amigo mío, es necesario que tú mengües y que Jesús crezca dentro de tí, y serás salvo.

Si se nos preguntara en qué consiste la santificación, una vez más contestaríamos: en que Cristo crezca dentro de tí y tú mengües. Si alguno quiere conocer la medida exacta de sus progresos en la vía de la salvación, que se examine para ver si Cristo crece y si él disminuye.

Somos, por naturaleza, muy grandes á nuestros propios ojos, y Jesús es muy pequeño; somos muy fuertes, y Jesús muy débil. En ese caso, Jesús no puede ser nuestro Salvador; no puede ser el alfa y la omega. ¿Pensamos encontrar la fuerza en nosotros y no en Él? ¿Buscamos la luz en nuestra razón y no en la luz divina? ¿Confiamos en nuestros méritos para obtener la salvación y no en los méritos de Cristo? Pues ni seremos justificados ni santificados.

Pero que la luz de la gracia brille y aleje las tinieblas de nuestro corazón, y las cosas todas cambian de aspecto: los fuertes y grandes menguan, y el débil crece y se fortifica. El sol de justicia sube visiblemente en el horizonte y todo lo inunda con la claridad de sus brillantes rayos, y nosotros, astros ignorados, palidecemos y desaparecemos por grados con todo nuestro resplandor, nuestras fuerzas y nuestra gloria.

Pobres mendigos de espíritu, pedimos entonces con ansia á Dios que nos dé su santo Espíritu, y Dios accede á nuestros ruegos. Un rayo de celeste paz inunda el rostro que las lágrimas anegaban; el rocío del amor divino viene á refrescar el corazón que el pecado había dejado convertido en erial. ¿Qué ha sucedido para que tal transformación se haya operado? Que hemos empezado á menguar, y Jesús ha empezado á crecer en nosotros.

MIGAJAS.

«Y viendo las gentes, subió al monte; y sentándose, se llegaron á Él sus discípulos.» (Mateo, v, 1.)

Maestro dulce y humilde de corazón, Señor Jesús, tu perfecta humanidad, tu santa condescendencia conmueven mi alma y me disponen para escucharte sin recelo y sin temor.

Para enseñar tu ley no has subido á la cumbre austera y solitaria del Sinaí, no te has envuelto en la grandeza de la tempestad, has subido á una verde colina, y allí rodeado de una muchedumbre inmensa que podía tocarte, has

hablado como el amigo habla con su amigo, exponiendo, persuadiendo, ganando la voluntad á fuerza de dulzura y amor.

Tus palabras me asombran, y sin embargo, Tú no haces más que soplar sobre el alma humana, para que aparezca lo que en inefables caracteres escribiste sobre ella, Verbo Divino.

La verdad que sale de Ti, está en nosotros bajo las ruinas que el pecado ha amontonado; pero Tú la desarrollas y la resumes con tanta perfección, que quedamos sorprendidos de lo que en nuestro corazón descubres.

Señor Jesús, Tú eres hombre como yo, puesto que me conoces tan bien; más Tú eres al mismo tiempo más que yo, porque nunca lábios humanos pronunciaron palabras como las que Tú pronuncias.

Tú solo tienes palabras de vida eterna, ¿a quién iremos sino á Ti?

El (Jesús) le dijo: «Un hombre hizo una grande cena y convidó á muchos.» Y á la hora de la cena envió á su siervo á decir á los convidados: «Venid, que ya está todo aparejado.» Y comenzaron todos á una á excusarse. El primero le dijo: «He comprado una hacienda, y necesito salir y verla; te ruego que me des por excusado.» Y el otro le dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlos: ruégote que me des por excusado.» Y el otro le dijo: «Acabo de casarme, y por lo tanto no puedo ir.» (Lúcas, XIV, 16, 17, 18, 19 y 20).

¡Qué ingratitud la de los judíos, que son los representados por esos hombres que se excusan de asistir al suntuoso banquete que el Rey de los cielos y de la tierra había preparado para ellos! ¡Qué ingratitud la nuestra también, porque como ellos alegamos los pretextos más frívolos para excusar nuestra apatía y nuestra indiferencia!

«Todo está aparejado,» dice Dios. La salvación es gratuita, toda ella ha sido preparada por Dios, sin concurso alguno nuestro. Sólo tenemos que hacer, para ser salvos, aceptar el don de Dios, responder á su invitación.

¡Qué débiles excusas presentan los convidados! ¡He comprado una hacienda y necesito verla! ¡Hipócrita! ya la habrás visto, cuando te has decidido á comprarla.

¡He comprado cinco yuntas de bueyes y voy á probarlos! Pero ven antes á comer y tendrás más fuerzas para trabajar despues.

La excusa del último es peregrina. No puedo ir, porque me he casado. ¡Desgraciado! Si conocieras el carácter de Aquel que te convida á comer, en vez de rehusar, por causa de tu mujer, la llevarías á ella también para que contigo disfrutara de los manjares del festín.

Sé franca, alma mía; si no quieres aceptar el don de Dios, di que tus obras son malas y no pueden subsistir delante de la luz divina; pero no alegues pretextos vanos que de nada servirán, si no es para agravar tu condenación.

«Tu dinero perezca contigo, que piensas que el don de Dios se gane por dinero.» (Hechos de los Apóstoles, VIII, 20).

¿Qué diremos de esa Iglesia romana, en donde todo se vende, indulgencias, dispensas, gracias de toda especie, misas por los vivos y por los muertos?

LOS VALDENSES.

(Continuación.)

La mayoría de las sectas disidentes del catolicismo, reconocen en los valdenses como á sus predecesores, y

en las ocasiones en que ha sido necesario, les han manifestado sus simpatías por su fe en Jesucristo y sus desgracias. Uno de los grandes caracteres de vitalidad de esta secta y de enérgica creencia en sus doctrinas, es su sistema continuo de propaganda por sus ideas. Todos ellos se convertían en predicadores, y donde quiera que encontraban sitio y oportunidad para hablar, allí anunciaban su doctrina. Su afán de proselitismo era tal, que adoptaban las más extrañas maneras y todos los trages para convertir á los que no lo estuvieran. En vista de esto, los magistrados de Pignerol prohibieron en 1220 á los habitantes de la ciudad que dieran hospitalidad á ningún valdense.

El inquisidor Raimier al referir que hacían *todo para todos* para atraer á los hombres á la verdad, relata la manera que tenían de predicar, narración que no copiamos por su mucha extensión; pero que hace ver que sabían hacerse mercaderes, cortesanos, todo, con tal de convertir un alma. Gracias á este espíritu de propaganda, la secta creció considerablemente en los siglos XII y XIII, lo que contribuyó á avivar la persecución contra ellos.

Leger nos ha dejado las reglas adoptadas en el siglo XII para perseguir á los valdenses. Eran obra de la Inquisición, y con esto está dicho todo. Eran lazos y emboscadas infames tendidas á los pobres sectarios para que confesasen su supuesta herejía y quemarlos. Para conocer el espíritu de estas reglas, citaremos dos de ellas. Hé aquí la 9.^a y la 10.^a «No debe procurarse convencer á los herejes por medio de la Escritura, porque abusan de las palabras con tanta destreza, que con frecuencia confunden á los que discuten con ellos: de donde viene que se hacen tercios y suelen arraigarse en ellos los errores, viendo que personas doctas no saben qué responderles.» «Si hay algunos dispuestos á protestar de su inocencia diciendo que no abrazaron nunca la herejía de los valdenses, es preciso que el inquisidor les prevenga diciéndoles que no ganarán nada con jurar en falso; porque él tenía pruebas en la mano suficientes para producir la convicción. Por este medio, viendo que no hay apariencia de poder salvar la vida, concluirán por confesar. Y lo harán tanto más fácilmente, cuanto con más habilidad se les deje entrever que si confiesan francamente su crimen pueden esperar gracia. De esta manera algunos confesarán.» De esta manera iniciaban arrancaban confesiones aquellos verdaderos secuaces de Satanás.

En 1198, Othon IV, accediendo á las instancias del obispo de Turin, dió un decreto contra los valdenses, por el que se los expulsaba de las diócesis del caritativo obispo. En 1227, el suplicio de un valdense, llamado U. Tudesca, dió origen á que el pueblo de Pádua se sublevase y atacase y saquease un convento de dominicos. El 1307, el herejarca Dolcigno y 4.300 partidarios suyos, fueron pasados á cuchillo en Domo de Ossola. El emperador Federico II dió también en Pádua, en 1244, una ordenanza contra ellos, en que manifestaba su deseo de perseguirlos.

Una vez destruidos los albigenses del Mediodía de Francia, emprendióse el exterminio de los valdenses, que ocupaban las dos vertientes de los Alpes, á igual distancia de Turin y de Grenoble. Parece que su retiro y su pobreza debían hacerlos escapar á las miradas de sus perseguidores, pero no fué así. El Papa Juan XII continuó la obra de Inocencio III y ordenó al inquisidor de Marsella, Juan de Vadis, á que unido con el inquisidor del Piamonte procediese especialmente contra los valdenses de Lucerna y de Peruse. Pero los valdenses persistían en su herejía, y el trabajo de los inquisidores adelantaba poco. Clemente VI, en 1352, ordenó á Guillermo, arzobispo de Embrum, y al inquisidor Pedro de Mont, á que hiciesen desaparecer la herejía de aquellas comarcas. Los resultados esta vez tampoco satisficieron al Papa. Los nobles y los señores no ponían por empeño en ayudar á los inquisidores, tanto más cuanto los valdenses les pagaban exacta y cumplidamente sus rentas y sus cánones, lo que dió lugar á que Gregorio escribiese al rey de Francia diciéndole que sus oficiales ponían obstáculos á sus inquisidores en el Delinado. Aunque mal secundados por el poder civil, dado el ensañamiento y la pertinacia de los inquisidores, estos prosiguieron sus horribles tareas, y tanto hicieron, que en Luca el pueblo se amotinó, forzaron el convento de dominicos y mataron al inquisidor.

El inquisidor Borchio citó ante su tribunal á todos los habitantes de Fraissiniere, de Argentiére y del Valle de Loyse, y mandó prender á muchos. De los dos primeros puntos fueron quemadas ochenta personas y del Valle de Loyse ciento cincuenta hombres y otras tantas mujeres y hasta niños. Por las fiestas del año 1400 el mismo inquisidor al frente de numerosa tropa, hizo terribles cosas en Luca y llevó sus crueldades hasta el Valle de Pragele. Era por el invierno y hacia un terrible frío. Cuando más seguros creían hallarse los valdenses del furor de sus enemigos, á causa de los rigores de la estación, se encontraron ferozmente atacados por ellos. Allí no hubo cuartel ni amparo. Los que no quisieron perecer al hierno tuvieron que huir. Muchos huyendo de la persecución y subiéndose á las rocas más escarpadas y escondiéndose entre las breñas, murieron de hambre y de frío. Otros huyeron en dirección á Macel; pero obligados á pasar la noche en el pico de una montaña, ochenta niños murieron de frío en los brazos de sus mismas madres, alcanzando la misma suerte muchas de estas. Los soldados católicos saquearon y devastaron y robaron durante aquella terrible noche cuanto había en las casas de los valdenses, y al amanecer se marcharon llevándose el fruto de su saqueo y de su rapiña. Estos eran los enviados de Dios para establecer la fe católica. Cuando se marchaban encontraron á una pobre anciana que volvía á su casa, y para que nada faltase á este horrible cuadro, la ahorcaron de un árbol.

En 1466 el arzobispo de Lusbrum ordenó al franciscano Juan Veleti que persiguiese á los valdenses escapados de Fraissiniere, Argentiére y Valle de Loyse. Este lo hizo con tal barbarie, que de todas partes se elevaron contra él terribles quejas que llegaron hasta los oídos de Luis XI. Alteraba sin conciencia las respuestas de los acusados, y su mala fe era tan grande que siempre hallaba medio de que aquellos dijese lo que á él placía.

(Se continuará.)

JUAN KNOX.

Célebre reformador del siglo XVI, nació en Gifford (Escocia) en 1505, y murió en 1572. Conoció el Evangelio por los discursos de G. Wishart, y desde entonces nunca dejó de predicarlo con ardor. En una época en que los hombres se apasionaban por sus ideas religiosas, Knox descollaba entre los más apasionados. Para él no existían términos medios ni transacciones de ningún género. Su carácter fué siempre decidido, y su polémica ágría; pero en cambio, ¡qué fidelidad la suya cuando se trataba de dar testimonio á Cristo! Vamos á dar una prueba de la fidelidad de Knox y de la firmeza de su carácter.

Cuando los escoceses llamaron á María Stuardo para que rigiera los destinos del país, Knox parece que hubo de llamarla en uno de sus sermones la moderna Jezabel. Semejante calificativo disgustó á María que era opuesta á las doctrinas reformadas. Orden fué expedida al reformador para que dejara de predicar; pero Knox, que no obedecía mandato alguno que estuviera en oposición con su Biblia y su conciencia, no hizo caso de aquella orden de palacio.

La altanera María, al verse desobedecida, citó ante su presencia al reformador.

Hallábase la Reina acompañada de sus gentiles hombres cuando Knox se presentó ante ella, y á las preguntas que se le hicieron contestó con valor: «No predico más que la verdad, y no osaré nunca predicar menos.»

«Mas tened entendido, le dijo uno de los lores, que los mandatos de S. M. deben ser obedecidos bajo pena de muerte, y por lo tanto, tenéis que decidirlos por el silencio ó por la horca.»

«Milores, respondió Knox con firmeza; estáis muy equivocados si pensáis intimidarme ó inducirme á hacer por medio de amenazas lo que Dios y mi conciencia me dicen que no debo hacer. Sabed que nada me importa al terminar mi obra que mis huesos se blanqueen con los vientos del cielo, si soy ahorcado, ó que enterrado se pudran en el seno de la tierra.»

Cuando Knox se hubo retirado, uno de los lores dijo á la Reina:

«Vale más que le dejemos en paz; no podemos castigar á ese hombre.»

¿Quién nos diera hombres de la entereza y fidelidad de Knox!

Desde el principio de la Reforma se adoptó en Inglaterra y otras naciones la medida absurda de que el jefe del Estado lo fuera igualmente de la Iglesia. En Escocia, gracias á Knox y algunos de sus amigos, se adoptó otro sistema más en armonía con la Palabra de Dios.

En Diciembre de 1560, se convocó una asamblea general de la Iglesia, y Knox leyó la confesion de fé y la disciplina eclesiástica que había redactado. En estos documentos se encuentran grandes pensamientos que están en vías de aceptar casi todas las Iglesias evangélicas.

«La administracion de la Iglesia es un orden de gobierno espiritual, que se ejerce por los miembros de la Iglesia que ella designa.»

«La Iglesia no reconoce jefe temporal alguno sobre la tierra.»

«Su rey y su director es Cristo.»

El gobierno directo de Cristo en su Iglesia es la doctrina de la de Escocia, y ha prevalecido hasta nuestros días.

LAS MISIONES CRISTIANAS.

Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura. — (San Marcos, xvi, 15).

La Iglesia cristiana es esencialmente una Iglesia misionera, mejor dicho, de misioneros. El versículo con que encabezamos este artículo fué el que impulsó en primer lugar la gran empresa que al través de los siglos ha venido siempre creciendo y adelantando, hasta generalizarse en todos los países del globo, desde el helado Norte hasta el cálido Mediodía, y desde el lejano Japon hasta las bellas islas del Océano.

Se nos ha propuesto, para ver de que las iglesias españolas se interesen en las obras de las misiones, ocupar parte de este periódico cristiano con las noticias de la obra de la evangelización en todo el mundo, para que los cristianos de España se enteren de la marcha de los principales acontecimientos que contribuyen al triunfo del reino de Dios y de su Cristo. Nos proponemos consignar en cada número lo que nos parezca más interesante en los detalles que recibamos de las diferentes misiones esparcidas por el mundo, y juntamente echaremos una rápida ojeada sobre lo que pasa en nuestra patria, y de este modo nuestros apreciables lectores se pondrán al corriente del estado de la obra, tanto en España como en otras partes, y nosotros esperamos hagan justicia en sus limosnas, y especialmente en sus oraciones, á esta parte importantísima de sus deberes para con Dios y para con sus prógimos.

Para que sean más comprensibles las referencias á las diferentes misiones que ya se hallan establecidas en los países del mundo, ocuparemos los primeros números con una ligera reseña de la obra de evangelización desde los siglos primitivos; despues presentaremos Memorias cortas de dichas misiones, y terminado esto, procuraremos recoger en cada número las noticias y los detalles interesantes que contengan las cartas y las relaciones de los misioneros. Al efecto, trataremos de ponernos en comunicacion en cuanto nos sea posible con los misioneros de Europa y de los demás continentes, para que nuestros lectores tengan noticias directas de esta obra. También registraremos los periódicos de las otras Iglesias, para presentar en cuanto nos sea posible un cuadro completo.

Respecto á las noticias de nuestro país, nuestros lectores las encontrarán en la seccion de noticias y en las cartas que los pastores de las Iglesias cristianas españolas remiten al Consistorio, y que ven la luz pública en este periódico.

Creemos que no será fuera de propósito hacer introduccion á estos artículos, con algunas observaciones

sobre nuestro deber y privilegio en el asunto de las misiones.

Muchísimas se nos presentan, y espacio nos falta para exponerlas debidamente. Solo podremos nombrar las principales.

Sin duda la primera razon que debe tener importancia para nosotros, es «que es nuestro deber, porque está mandado por el mismo Salvador.» Sirva de ejemplo nuestro epígrafe, y nos parece que este puede ser el gran fin de nuestra salvacion. ¿Cómo podremos figurarnos que el Señor nos ha sacado del fango de la corrupcion, que nos ha dado la vida sólo para nosotros mismos? ¿Puede ser el objeto de Dios solo que estemos más tranquilos, más sosegados? Esto indudablemente es un gran fin, y nos muestra el amor de nuestro Padre para con sus hijos extraviados; pero siempre se nos ha presentado como un fin infinitamente más alto, más noble, más digno, el hacernos instrumentos de la salvacion de los demás. Pablo nos dice: «No sois vuestros, porque comprados sois por precio.» (1.ª, Cor. vi, 20.) Y á la verdad, nos ha extrañado muchas veces que los cristianos no hayan codiciado más este insigne honor, que todos no se hayan apresurado á alistarse en este ejército del Señor Dios Altísimo, teniendo presente lo que él ha dicho por boca de su profeta: «Los que enseñan á justicia, la multitud, resplandecerán como las estrellas á perpétua eternidad.» (Dan. xii, 3.)

Pero no nos es necesario insistir en este argumento; solo será menester nombrarlo á todo buen cristiano para despertarle á la actividad.

Pasemos, pues, á otra consideracion, á saber: el bien que esto traerá á nuestras almas. Un célebre escritor ha dicho que la misericordia es una doble bendicion; bendice al que dá é igualmente al que recibe. Más aún. La sabiduria divina ha dicho: «Bienaventurada cosa es dar antes que recibir.» (Hechos, xx, 35.) No tratamos aquí de dar limosna, aunque también esta es una parte necesaria del deber. No tratamos de lo que no tiene precio, de lo que no se podrá pagar, y decimos que en muchos conceptos el comunicar las noticias buenas es cosa más bienaventurada que el recibirlas. Figurémonos un hombre sumido en el dolor, sea á causa de la pérdida de los amigos queridos ó de sus bienes personales, ó á causa de sus pecados; ¿qué cosa más conveniente para distraer su atencion de sus propias dolencias, que ministrar á sus hermanos? Nos consta por muchos ejemplos que no pocos han recibido consuelo y alivio en este ministerio, y este principio es aún más estenso cuando la Iglesia en un todo cumple con este deber; entonces atrae sobre sí las mejores bendiciones.

Para probar esto basta echar una mirada sobre la historia de la Iglesia. ¿Cuándo ha sido el estado de la Iglesia más floreciente y lleno de esperanza? Justamente en estos periodos, cuando su celo para la extension del reino de Dios ha sido más pronunciado. Las dos cosas siempre se hallan juntas: la pureza de la Iglesia y su interés en el adelantamiento del reino de su Maestro.

Otra cosa más: ¿Desde cuándo ha principiado la Iglesia á tomar incremento en los tiempos más recientes? Desde que principió á tomar más interés en las causas de las misiones. Tomad, por ejemplo, la Iglesia de Cristo en la Gran Bretaña dentro de los pasados setenta años; el número de sus miembros ha crecido hasta ser tres veces más, y aun los sueldos de sus pastores se han aumentado por la misma razon. Todas ó la mayor parte de las grandes empresas de caridad en dicho país, tienen una fecha posterior á los primeros esfuerzos para mandar el Evangelio á los paganos, y efectivamente, deben su existencia al espíritu que estos esfuerzos produjeron. Y una historia igual podrá contarse respecto á cada una de las iglesias verdaderamente protestantes.

Esto es de esperar, teniendo en memoria las palabras de Dios á los israelitas, contenidas en Malachías, iii, 40.

Una sola razon más queremos citar, y es aquella con la cual el apóstol excita á los Corintios en su Epístola 2.ª, cap. viii, 9. Dice «ya sabeis la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.» Ya habian sido enriquecidos por medio de su pobreza. Hé aquí la gran fuente de todas las obras de caridad, la primera y la última razon para ocuparnos en la obra de la evangelización. No es posi-

ble que un hombre realice todo lo que contiene esta razon y quede todavía en su indiferentismo y su egoismo. No, y mil veces no. Tan de seguro como la roca de Horeb herida por la vara de Moisés dió aguas abundantes para los sedientos israelitas, el corazón una vez penetrado de esta gracia se abrirá para todos los que todavía no la conocen, y ningún descanso se permitirá hasta poner en juego todos los medios á su alcance para traerlos al conocimiento del Salvador. Para no ser más molestos á nuestros lectores, no proseguimos más por ahora, esperando que estas razones obrarán en sus almas, y les prepararán para las noticias que nos proponemos suministrar en los números siguientes.

EL CABALLO SALVAJE.

En una pampa estensísima,
De Costa-Rica la hermosa,
Un corcel de pocos años
Daba saltos á sus solas.
Cortaba la fresca yerba
Que del fértil suelo brota;
Sobre ella se recostaba
Y daba carreras locas.
Iba de este lado al otro,
Desde una ladera á otra,
Desde lo alto de un declive
A la cima de una loma.
Tanto y tanto dió en correr
Bajo aquel sol que sofoca,
Que el vértigo acometióle
Con una fuerza horrorosa.
Echó á correr cual la flecha
Que dispara mano pronta,
Y perdióse para acaso
Perecer en sima honda;
Y otro corcel entretanto
Con ginete que le monta,
Que cerca de allí pasaba,
Al ver la carrera loca
De su pobre compañero,
Dicen que dijo con sorna:
«Yo sufriré mis trabajos,
Mis penas y mis zozobras;
Pero tengo un dueño que
Me dirige y me alecciona;
Su propio placer le ha muerto,
Esa es de muchos la historia.

Su amor al placer y al vicio,
El que al principio no doma,
Se encuentra con que no puede
Domarlos á última hora,
Y ellos le arrastran al cabo
A una muerte desastrosa.
Tener un Señor en lo alto
Que dirija nuestras obras
Y nuestros pasos, al hombre
Le es preciso á toda costa.

A. SANCHEZ DEL REAL.

PARÁBOLA.

Cuando los padres del género humano se encontraron fuera del delicioso jardín de Eden, donde habian pasado sus primeros días de dicha, una tristeza mortal invadió su corazón. Erraban por la tierra sin saber qué hacer, y llenos de afliccion se preguntaban: ¿Qué será de nosotros en este mundo? ¿qué mano nos conducirá á través de las dificultades de la vida? Entonces se dirigieron al querubín de la espada encendida, Eva apoyada en Adam y medio oculta detrás de él.

Adam se aproximó al querubín, y con voz de súplica le dijo: «Siervo de Jehová, de penetrante mirada, danos un símbolo que nosotros podamos mirar y seguir para no desviarnos más aún de nuestro camino.»

Entonces el querubín dijo á Adam: «Cuando el Eterno te formó del polvo de la tierra, y te inspiró el soplo

de la vida, apenas el sol derramó sus rayos por el mundo, tú levantaste tu frente varonil hacia el cielo, y tu primera mirada fué para el sol. Que ese sol sea la imagen de tu vida. Con gozo emprende él su carrera y comienza la obra del día. Nunca se separa de su camino, invariablemente lo prosigue derramando la luz y la bendición. El sol se rie de la tempestad que ruge por debajo de él, sale radiante de las nubes que le envolvían y termina su carrera heroica rodeado de magnificencia. Hombre, ahí tienes el modelo de tu vida en la tierra.» Así habló el querubín, y el hijo del polvo se inclinó en silencio delante de él.

Entonces la madre de los vivientes toda ruborosa, se adelantó hacia el querubín, y con dulce voz le dijo: «Siervo de Jehová, una palabra de consuelo para mí. ¿Cómo podré yo, débil mujer, mirar el astro brillante del día para imitarle en su marcha?»

Así habló Eva, y el querubín lleno de compasión le contestó: «Mujer, cuando Jehová, fuente de todo bien, puso en tí soplo de vida, los últimos rayos del sol bañaban las crestas de los montes, y tu primera mirada fué para las flores de Eden, para los árboles cuajados de fruto, para el arroyuelo murmurador que corría por entre la menuda yerba. Que tu vida se asemeje á la vida misteriosa de la tierra. Ella también sigue su curso sin ruido, y sin llamar la atención hace salir de su seno las plantas, los árboles, los manantiales y los ríos; ella los cuida con mano tierna é invisible hasta su completo desarrollo, y de sus propias creaciones hace su adorno. Mujer, sé débil y delicado, que la tierra sea el modelo de tu vida, y que vuestra unión, mujer y hombre, sea como la tierna unión de los astros en el cielo.»

Así se expresó el querubín, y el espíritu de Dios dió testimonio á sus palabras.

¿Qué enseña esta parábola? Al hombre, que tiene el deber, y un deber sagrado, de trabajar para la mujer, de sostenerla, de ser el jefe de la familia y de arrostrar resueltamente y con energía todas las eventualidades de la vida.

La misión de la mujer es tan grande como la del hombre; pero más humilde. Su subordinación no disminuye su importancia ni le priva de su legítima y santa influencia. La modestia es la corona de la mujer. Ella obtiene tanto más respeto cuanto menos aspira á dominar. La mujer forma las costumbres de la familia y las costumbres del país, y más que el hombre ella contribuye á la felicidad ó la desgracia de la sociedad, de que forma parte.

Mas para que tanto el hombre como la mujer llenen cumplidamente su cometido, es necesario que se dejen conducir por Dios. La vida con Cristo en Dios es la mejor garantía para el cumplimiento del deber.

REMITIDOS.

VALLADOLID 27 DE SETIEMBRE DE 1872.

Señor Don A. C.

Muy señor mío: Nada digno de mencionarse nos ha ocurrido durante el mes de Junio y la primera quincena de Julio, pero en los últimos días de este, varios cortadores dueños de la habitación inmediata á la en que nos congregamos, por cuestiones con nuestro casero, formaron empeño en que abandonásemos el local, para cuyo objeto se reunieron con algunos muchachos y situándose al pie de nuestros balcones, diéronse tan buena maña á gritar, disparar cohetes y correr sonando grandes cencerros que llevaban pendientes del cuello, que hicieron inútiles la predicación y lectura del Evangelio. Todo, sin embargo, lo sufrimos resignadamente, y al terminar el culto cada cual pasó por entre los alborotadores sin decir cosa alguna; pero cuando llegó la hora de congregarnos de nuevo, volvieron á las suyas, tan bríosos, que con el presente hicieron pequeño el escándalo pasado; entonces algunos agentes de la autoridad los obligaron á retirarse, pero refugiados en su casa continuaron la obra, completándola con grandes golpes dados en el tabique que nos separa de ellos. Llegadas las cosas á tal extremo, advertí á los concurrentes cuál era su deber, y mi resolución de remitir la causa, no á la fuerza de nuestro brazo ni á la protección de las autoridades de la provincia, sino á la

justicia del Señor, que estaba allí en medio de nosotros y por tanto presenciaba nuestro tormento.

Sufriendo esta nueva prueba continuamos, hasta que, llegado el primer domingo de Agosto, nos reunimos para tomar la Santa Cena; sabíamos que los cortadores estaban preparados con calderos, almireces, cencerros, etcétera, y además tenían unos palos afilados por las extremidades para golpear en los tabiques y ver de desplomarlos; pero á la misma hora de empezar nuestro culto, puso el Señor tan gravemente enferma á una anciana, alma del escándalo, que los mismos cómplices de esta, en lugar de promover ruido, bajaron á estorbar el que inocentemente hacían en la calle algunos niños.

De este modo tuvimos paz aquella noche y en las sucesivas, hasta que ha sanado la anciana, pero después han vuelto á las andadas y seguirán hasta que el Señor lo estorbe. Entretanto oramos y llevamos la cruz con paciencia, si bien esperando con ansia la bendita hora en que cesen tantos dolores como nos mortifican.

Los ingresos para sostenimiento del culto, van en aumento.

Nuevamente hemos tratado de arrendar un local, pero á la voluntad del propietario se ha opuesto la de su mujer, y nos ha sido negado.

Ninguna otra cosa ocurre digna de mencionarse.

Ruego á Vd. salude á los demás miembros del Consistorio.

Suyo en el Señor Jesucristo,

PEDRO CASTRO.

CAMUÑAS 5 DE OCTUBRE DE 1872.

Señor Don A. C.

Mi amigo y hermano en Cristo: Nada de notable que participar á Vd. ha ocurrido desde mi última, si se exceptúa la misión del Campo Criptana.

Invitado por algunos amigos y hermanos, entre ellos el Sr. Leal, he ido á dar algunas conferencias religiosas á aquella población.

Los que conocen el carácter moral y religioso de sus habitantes, pueden decir cuanto es difícil allí la predicación de la Divina Palabra. El fanatismo romano entronizado y sostenido por una falange de más de veinte y tantos curas, la ignorancia y la superstición religiosa apoderada de todas las almas, y un decidido empeño en contrarrestar y combatir la predicación del Evangelio: tal es el estado general religioso del Campo Criptana. Pero los esfuerzos humanos se estrellan siempre ante la voluntad y el poder de Dios. No han sido inútiles los esfuerzos y trabajos de propaganda evangélica de nuestro hermano Leal; algunos conocen la verdad, y de día en día vá aumentándose el número de los creyentes. Las tres conferencias religiosas habidas en el salón del Comité republicano han dado su fruto. Dios nos ha bendecido en su Palabra de vida. Nada de controversia, una sencilla y clara exposición del Evangelio, tal ha sido el objeto de estas conferencias. No solo el local estaba lleno, sino que en las inmediaciones se sentía el rumor de la concurrencia. Terminadas estas, la noche que regresamos á Camuñas, una multitud se agrupaba en la calle y las inmediaciones donde se halla situado el salón, gritando ¡qué venga el predicador! ¡qué hable! Mucho hemos sentido no poder hacerlo, pues cuando nos avisaron ya estábamos preparando el viaje, y parte de la multitud se había dispersado al saber que estábamos ya en camino.

Que el Señor bendiga y aliente las almas de cuantos allí creen en su Santa Palabra.

Con respecto á esta obra, tratamos de ultimar la compra de la casa-solar para edificación de la capilla evangélica. Al efecto, estos días hemos tenido el placer de la visita de nuestro buen hermano el pastor Sr. Fliedner, á cuyo celo, actividad y trabajos está agradecida, y de tanto es deudora esta congregación.

El viernes 11 del corriente, es la fiesta romana del patrono de esta villa, San Nicasio obispo. Dicho día daré como de costumbre, una conferencia religiosa. San Nicasio según las leyendas romanas, existió en el siglo II, y fué obispo en Francia. En tal siglo no ha existido en el territorio francés ningún obispo ni iglesia cristiana organizada, pues es muy posterior el establecimiento del cristianismo en Francia, llamada entonces las Galias. Creo tienen dispuesto los papistas traer para esa

función sacerdotes de los pueblos inmediatos. Nada más de particular que comunicar á Vd.

Suyo afectísimo amigo y hermano,

FÉLIX MORENO ASTRAY.

Señor Presidente del Consistorio de la iglesia cristiana.

Muy señor mío: Tengo el gusto de mandar á Vd. la presente Memoria referente á la iglesia de Jesús.

Poco puedo decir á Vd. referentemente á dicha iglesia, pero aun este poco creo que satisfará á todas los verdaderos cristianos.

Desde mi última Memoria á esta fecha, son 25 los nuevos inscritos. Hemos tenido tres defunciones, dos bautizos y un casamiento. Los cultos son bien frecuentados, asistiendo á ellos siempre muchos curiosos, que es lo que hace se aumente el número de los inscritos. Dios nos bendice en nuestro trabajo, y esperamos de su gracia mayores progresos, tanto en lo espiritual como en lo material.

Esta corta reseña dirá mucho para los amigos del triunfo del Evangelio en España.

Soy de Vd. su atento y S. S. Q. B. S. M.

FRANCISCO DE PAULA RUET.

Madrid 4 de Junio de 1872.

PENSAMIENTOS.

El primer síntoma de la mala fé, el presagio de la desobediencia, es consultar cuando ya se sabe lo que se debe hacer.

Fácil es refutar los errores; pero las pasiones no se refutan.

Tiempo para hacer bien nunca se tiene del todo; la caridad es quien lo crea: el egoísmo no conoce las horas desocupadas. El tiempo no se compone solamente de horas y de minutos, sino de amor y de voluntad: se tiene poco tiempo cuando se ama poco.

VINET.

No habiendo podido los hombres curar la muerte, la miseria y la ignorancia, han pensado que para ser felices lo mejor era no pensar en esas cosas.

PASCAL.

NOTICIAS VARIAS.

Los cristianos evangélicos de los Estados Unidos van á construir en Roma un nuevo templo que llevará por nombre San Pablo. El edificio, de estilo gótico, tendrá 132 pies de largo y 64 de ancho. Al lado de la iglesia se construirá un presbiterio, un edificio para escuelas y biblioteca. El presupuesto es de 45.000 duros, sin contar la compra del terreno.

Nos alegramos que se multipliquen en Roma los lugares donde se anuncie la Palabra de Dios, que bastante tiempo han sido oídas en esa desgraciada ciudad las palabras erróneas de los Papas.

También se piensa construir en Roma, según nuestras noticias, otro templo evangélico destinado á todos los predicadores cristianos que quieran hablar, exceptuando solo á los católicos romanos. La congregación que se forme no pertenecerá á ninguna denominación de las hasta el día conocidas.

La idea nos parece excelente, y será realizable si todos los predicadores tienen tacto y se concretan únicamente á anunciar los dogmas fundamentales del cristianismo, los dogmas acerca de los cuales no hay divergencia entre los cristianos evangélicos.

Todo nuestros lectores tienen ya conocimiento del incendio que ha destruido parte del célebre monasterio

del Escorial; pero lo que muchos ignorarán es el juicio que la prensa carlista ha formado de tan doloroso acontecimiento. *La Reconquista* stampa estas líneas:

«*Justicia de Dios.* El monasterio del Escorial está ardiendo. Nuestra vergüenza y nuestra deshonra necesitaban por ley providencial esas luminarias.»

Razonando á lo carlista, diremos que la vergüenza y la deshonra de España necesitaban esas luminarias en tiempos del gran amigo de los frailes, Carlos II, porque el Escorial ardió entonces 13 días seguidos.

También necesitaban esas luminarias la deshonra y vergüenza de España en los días de Felipe V y Fernando VII, porque bajo el reinado de esos dos Reyes ardió el célebre monasterio, es decir, cuando la Iglesia romana imperaba en España y quemaba á cuantos no inclinaban su frente delante de ella. ¡Qué modo de razonar tan estúpido!

¡Y qué diremos de *La Esperanza*, el decano de los periódicos neos! Dice así:

«Con el alma acongojada hemos leído las siguientes noticias. ¡Qué dolor para España! ¡Qué día de gloria para los protestantes que ven arder el monumento elevado al catolicismo por el defensor de la Iglesia, por el gran Felipe III! ¡España infeliz! Una revolución insensata te ha robado la unidad religiosa, y el hijo de Víctor Manuel, llamándose tu Rey, asiste al incendio del Escorial! El Ministerio por propia dignidad, el duque de Aosta por decoro, deben procurar esclarecer la verdad. Si alguien ha incendiado el grandioso monumento, gloria de España, el autor de tan infame crimen no ha sido un español.»

En primer lugar, los protestantes no se alegran del incendio del Escorial. Los protestantes se alegran de la destrucción de la unidad religiosa, de la decadencia de Roma, de que haya desaparecido barrido por el huracán revolucionario el espíritu fanático é intolerante de Felipe II, que reinaba en España no há muchos años aún; pero que desaparezca un edificio grandioso, ¿por qué se han de alegrar los protestantes? Los hombres de las ideas de *La Esperanza* son los que pueden hacernos daño; que el Escorial no se opona á nuestra tranquila y benéfica propaganda.

¿Y qué piensan nuestros lectores del modo de raciocinar de *La Esperanza*? Se proclama la libertad de cultos en España, y Dios, para castigar á los protestantes y á los impíos que la han abierto las puertas, incendia el Escorial: el día que se proclame en nuestra patria la separación de la Iglesia del Estado, de seguro cae un rayo y mata al Papa. Esto según el discurso de *La Esperanza*.

En nuestro apreciable colega *El Imparcial* encontramos el siguiente escandaloso hecho que una vez más pone de relieve lo que en repetidas ocasiones hemos dicho, y es que para merecer la aprobación del clero católico romano de España, no es bastante aceptar los dogmas y costumbres de la Iglesia romana, es necesario además ser absolutista en política. Dice así *El Imparcial*:

«La Diputación de Córdoba, como habíamos anunciado, trató de celebrar solemnes funerales por el alma de los que sucumbieron el 28 de Setiembre de 1868 en los campos de Alcolea, el cuarto aniversario de aquella memorable fecha; pero según se desprende de unas palabras de *El Progreso* de Córdoba, el cabildo catedral se negó abiertamente á celebrar honras fúnebres por almas que pertenecen á Dios.

De una y otra parte, así revolucionarios como defensores de doña Isabel de Borbon, perecieron soldados españoles, «hermanos en Jesucristo» de los individuos del clero de la catedral de Córdoba: los más cumplían con una consigna: otros luchaban por la libertad de la patria; todos cumplieron como españoles en el campo del honor.

Españoles son los respetables y cien veces piadosísimos clérigos del cabildo catedral de Córdoba, y su conducta y sus sentimientos han respondido de esa manera á la iniciativa de una corporación seglar, piadosa y patriota.

Juzguen, pues, nuestros lectores de este nuevo ejemplo, de lo que es y de lo que representa cierta parte de nuestro clero.

Para prevenir el efecto que en la opinión pública había de causar esta conducta, el cabildo de Córdoba ha encargado su defensa á los periódicos neo-católicos de Madrid, los cuales aseguran que sólo se ha opuesto el cabildo á celebrar las honras porque la comisión provincial los imponía, los mandaba en una irritante comunicación.

Pues bien: esto es simplemente inexacto, porque la comunicación no contenía otras frases que puedan ser-

vir de pretexto para esta excusa que las de su encabezamiento, que dice así:

«Debiendo celebrarse por acuerdo de la comisión permanente en la santa iglesia catedral unas honras fúnebres, etc.»

Como se vé, la rebeldía del clero, que empezó con la negativa á jurar la Constitución, ha llegado hasta el punto de que, á juicio del cabildo de Córdoba, es necesario ya averiguar si el cristiano es liberal ó carlista para concederle la participación en los bienes de la Iglesia católica.»

El día 29 de Setiembre próximo pasado lo celebró la congregación evangélica que se reúne en la calle de la Madera Baja, con un culto extraordinario para dar gracias á Dios por la libertad religiosa que ese día memorable se estableció de hecho en España. Una concurrencia numerosísima acudió á escuchar el discurso del pastor D. Antonio Carrasco, quien se ocupó de la separación de la Iglesia del Estado, y probó que, dada la libertad de cultos, no puede haber paz completa en el último hasta que se separe radicalmente de la Iglesia.

El jueves 10 del presente falleció repentinamente á consecuencia de una apoplejía fulminante el señor obispo de Almería. Los católicos liberales lamentan la pérdida de este prelado, que á las condiciones apreciables de su carácter, unía grandes conocimientos teológicos. El obispo de Almería fué el único de su clase en España que no aceptó el nuevo dogma de la infalibilidad personal del Papa y uno de los pocos que juraron la Constitución que hoy nos rige.

Un periódico republicano, *El Cataluña*, publica una carta de Taradell en la que se le dice que «la partida carlista de Vila de Prat, fuerte de 200 hombres, antes de emprender la marcha, reunidos con otros vecinos del pueblo, sobre todo mujeres, rezaron el rosario en la plaza; algunos se dirigieron á la iglesia y trabuco en mano se acercaron al confesonario y después á la sagrada mesa.»

¿Qué tal?

Y añade *El Pensamiento Español*, diario carlista de Madrid, «que el periódico republicano *El Cataluña*, hace contra su voluntad la mayor apología que puede hacerse de los carlistas.»

¡Esta es la religión romana en España! ¿Cuánto vá á que el cura que confesó á esos penitentes que trabuco en mano entraban en la iglesia, los absolvió no solo de sus crímenes pasados sino que también de los futuros? Y casi casi estamos tentados de asegurar que les concedió algunos años de indulgencias á los que mataran á algunos soldados españoles.

La Soberanía Nacional de Cádiz correspondiente al 40 del presente, describe la inauguración de la nueva iglesia que con el nombre de «Iglesia Católica Española», ha abierto el Dr. Escudero. Personas muy respetables de la localidad, entre ellas algunos escritores de reconocido crédito, llenaban el local según el citado periódico.

«El recogimiento y verdadera devoción, añade el colega, que reinaba en aquel recinto, nos ha impulsado á tributarle (al Sr. Escudero) un merecido elogio, y nos alegraríamos por nuestra parte, como verdaderos amantes de la libertad de cultos, de que existieran en esta ciudad tantas iglesias como iglesias católicas romanas existen en la misma.»

El mismo voto formamos nosotros, aunque por distintos motivos. Nosotros quisiéramos que existieran en España millares de iglesias cristianas dirigidas por pastores fieles, no solo porque somos amigos de la libertad de cultos, sino ante todo para que muchas almas vinieran á Jesús y obtuvieran la vida eterna.

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, ha dispuesto no admitir en su seno á nadie que no sea

católico, y expulsar á cualquiera que se aparte de la ortodoxia.

Es de presumir, dice con este motivo un periódico, que dentro de poco se exigirá á los académicos el rezo de las horas canónicas, y que entonen á coro el trisagio al comenzar sus sesiones.

El colportor bíblico D. Manuel Casas, fué preso no hace aún muchos días, por no haberse querido quitar el sombrero cuando pasaba el rosario por delante de la puerta de la posada en donde se alojaba, en Villalba, provincia de Huelva.

Posteriormente ha sido puesto en libertad; pero preguntamos nosotros, ¿no se exigirá responsabilidad al juez de paz que llevó á cabo la hazaña, para que siquiera escarmienten esos caciques de los pueblos que se creen con autoridad bastante para privar injustamente de la libertad á un hombre á quien se atropella, después de atropellar la Constitución que le ampara?

El día 11 se verificó en Cartagena el entierro de uno que fué miembro de la iglesia evangélica de dicha población, hijo del infatigable mister Lighton. El cuerpo directivo de la iglesia, la mayoría de la congregación, la escuela de niños y una numerosa y escogida concurrencia, acompañaron al finado á su última morada. El culto que se celebró en la casa mortuoria, fué escuchado con el más religioso recogimiento aun por las personas caracterizadas del más escrupuloso romanismo. El acto de conducción al cementerio fué verdaderamente solemne: los niños de la escuela, al llegar al sepulcro, entonaron un himno que llamó mucho la atención de los concurrentes, lo mismo que el servicio de sepultura. Reciba nuestro pésame la familia del finado; pero al rendir este tributo de simpatía natural, esperamos que la familia tendrá el más grato consuelo, sabiendo que las últimas palabras de su hijo fueron: *Creo en Jesucristo, amo á Jesucristo, espero en Jesucristo*.

Guillermo Lighton, joven de 17 años, terminó la carrera de la vida después de una larga y penosa enfermedad: la fe y abnegación con que sufrió, mitigaron sus dolores: modelo de hijos, voló al seno de Jesús á recibir la corona de vida.

Según nos escriben de Zaragoza, la concurrencia á los cultos cristianos que había disminuido desde el principio del alzamiento carlista aumenta de día en día. En la última comunión que se celebró el segundo domingo de Setiembre se acercaron á la mesa del Señor 144 personas, número respetable en sí; pero reducido si se le compara al que en otras ocasiones análogas ha roto el pan y bebido del cáliz de la Nueva Alianza.

Tengan buen ánimo el pastor y directores de la Iglesia cristiana de Zaragoza y perseveren en sus oraciones, que el Señor llenará el vacío que han dejado las almas tímidas y de poca fe.

ADVERTENCIA.

Nuevas condiciones.

LA LUZ se publica el 1.º y 15 de cada mes.

El precio de suscripción es un real mensual en Madrid y cinco reales trimestre en provincias.

Fuera de Madrid solo se admiten suscripciones por trimestre.

No se servirá ninguna suscripción cuyo importe no se haya recibido en la Administración.

Puntos de suscripción.

En Madrid.....	Quintana 8, segundo. Madera Baja, 8.
En Zaragoza...	Calle de San Jorge, cochera Asco-bareta.
En Valladolid.	Plazuela del Duque, 11, principal.
En Cartagena..	Plaza del Rey, 18.
En la Coruña..	Librería de D. Vicente Abad.
En Santander..	Librería de D. Manuel M. Ramos.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredera Baja de San Pablo, núm. 27.